

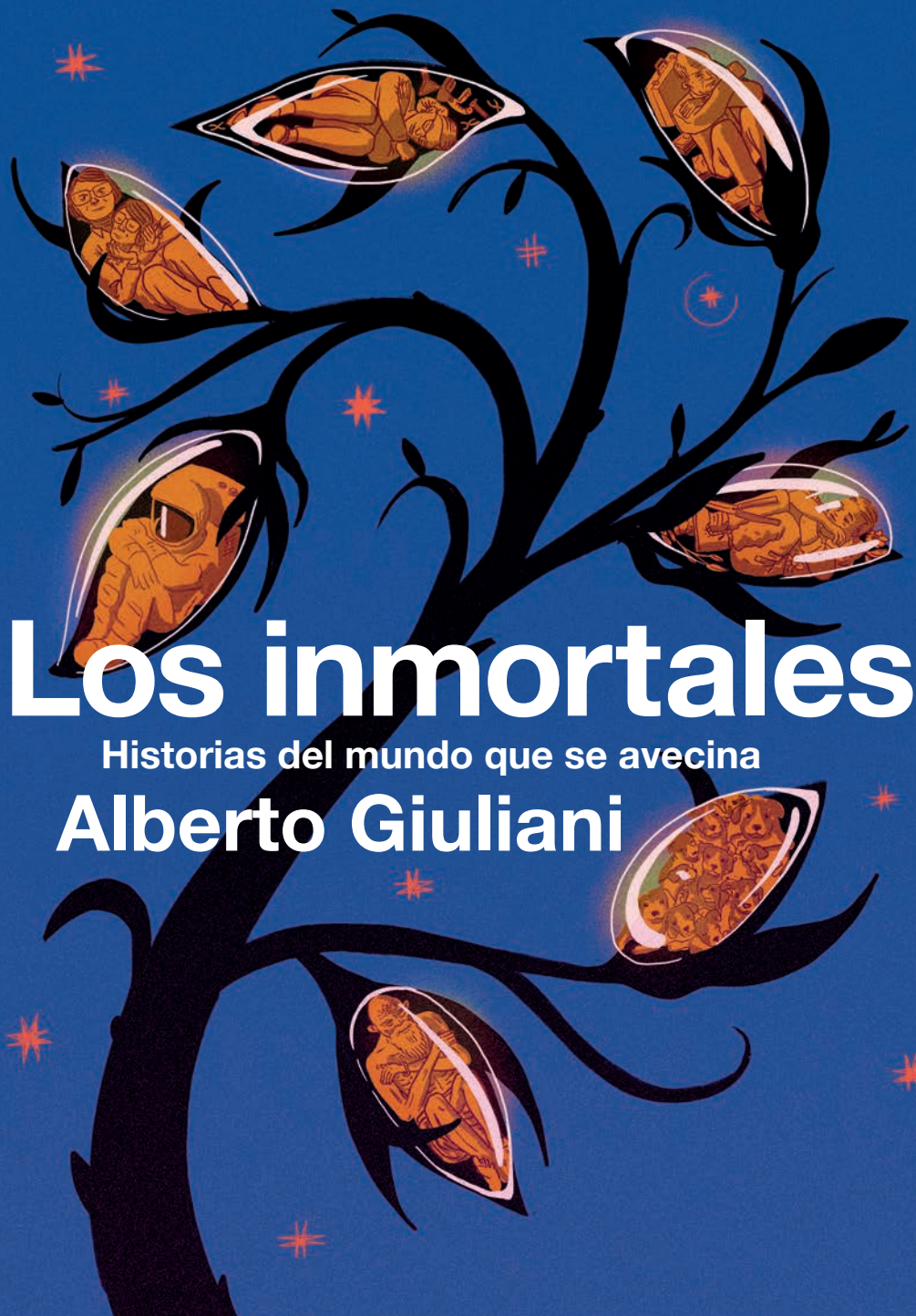


temas de hoy

Periodismo

384 g

67 141 palabras



Los inmortales

Historias del mundo que se acerca

Alberto Giuliani

ALBERTO GIULIANI
LOS INMORTALES

Historias del mundo que se avecina

Traducción de Carlos Gumpert

Título original: *Gli immortali. Storie dal mondo che verrà*

© Il Saggiatore S.r.L., Milán, 2019

Publicado por acuerdo especial con The Ella Sher Literary Agency

© por la traducción, Carlos Gumpert, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2021

ISBN: 978-84-9998-840-5

Depósito legal: B. 896-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

<i>Preámbulo</i>	11
La profecía	13
El último día en Marte	33
La sala de espera de la eternidad	55
Las moradas del Apocalipsis	87
Guardianes en los confines del mundo	111
Y el hombre plantó el Edén	137
Yo somos nosotros	159
Renacer para siempre	185
En el código de la vida	209
A la orilla de la muerte	227
<i>Imágenes del mundo que se avecina</i>	239
<i>Biografía</i>	271

LA PROFECÍA

Siempre me ha gustado llegar con anticipación a las citas. El tiempo que discurre entre lo que hemos dejado de hacer y lo que nos disponemos a hacer está desprovisto de ansiedad: no debo y no puedo hacer otra cosa más que esperar. Dejo por fin de perseguir al mundo, y en esos momentos tengo la impresión de poder observarlo de verdad, evocando fantasías y esperanzas, que son casi siempre más dulces que la verdad. Es como un viaje: empieza en el momento en el que uno se lo imagina y casi siempre nos lleva, mediante la fantasía, a muchos más lugares que los que realmente conseguiremos visitar. A veces creo que sería mejor sentarme y quedarme toda la vida esperando, en lugar de perseguir las cosas y extraviarme, para protegerme de los líos del desplazamiento.

Si estuviera en un planeta lejano, bastaría un momento. Dicen que allá arriba el tiempo se dilata, al desprenderse de la gravedad. Un suspiro en el cielo vale tanto como un año en la Tierra. Entonces tal vez ya estaría en casa, sano y salvo.

En cambio, sigo dándole vueltas entre los dedos al mismo anillo que me acompaña desde hace veinte años. Rechoncho, con las esquinas redondeadas y un zafiro color miel hundido en el oro definitivamente opaco. Debería llevarlo en el dedo índice,

pero lo llevo en el anular de mi mano derecha, porque me parece que queda mejor. Cuando me lo puse por primera vez estaba al otro lado del mundo y en una edad en la que se desea que toda experiencia deje una marca en el cuerpo, para parecer mayor contra la precariedad de la vida. Sea un beso o una cicatriz. O un anillo, como es el caso, que ahora evoca esta historia mía que empezó hace mucho tiempo. Siempre lo he llevado conmigo para que me ayudara a espantar el miedo. Pero este, al cabo de mucho tiempo, ha venido a recogerme para arrastrarme a este viaje.

No le costó demasiado esfuerzo llevarme consigo porque, desde que tengo memoria de mí mismo, marcharme siempre ha sido el remedio contra todo mal. Cuando las situaciones ya no funcionan, agarro mis cosas y me voy, sin alboroto. No se trata de huir. Prefiero creer que tiene que ver con un instinto nómada y con el respeto por la felicidad. Si los prados están exhaustos, resulta estéril quedarse, porque luego solo vendrán la oscuridad y el frío, como en invierno. Mientras me alejo, en cambio, los recuerdos corren por la ventanilla, con el viento, junto con el paisaje. Y a la luz de los nuevos encuentros, con la nostalgia del pasado, recupero los sentimientos. A veces me basta con montar en un tren o conducir unas cuantas horas para sentirme mejor, otras veces en cambio no me detengo y lo que dejo queda para siempre tras de mí, en la memoria, hermoso como el recuerdo de una aventura.

La pasión por los viajes nació de mi madre y llamó a la puerta de casa una tarde del verano de mis ocho años. Fui a abrir con el gato en brazos y los pies descalzos. Un señor de unos sesenta años, con un sombrero para protegerse del sol y una camisa celeste empapada en sudor, estaba sentado en un ciclomotor delante de mí, con el portaequipajes repleto de revistas. Tenía otras apiladas entre las piernas, y en varias bolsas colgadas de las

empuñaduras del manillar. Era el quiosquero de la plaza y me decía que nuestra colección de viajes ya había concluido y que solo quedaba pagar. Corrí a llamar a mi padre, que trabajaba en un estudio instalado en el desván, con el escritorio frente a las ventanas del jardín. Sabía que no le gustaba que lo molestaran, así que, sin pasar de la puerta, le dije en voz baja que había un señor en la puerta que quería vendernos algo. Mi padre no era un hombre tacaño, pero la miseria que había vivido en su infancia durante la guerra le había enseñado a ser frugal y a vivir la esencialidad como un valor. En eso era lo contrario a mi madre, que para redimir la misma miseria gastaba todo lo que podía y tenía una particular obsesión por los libros de viajes o cualquier cosa que le hablara de países lejanos. Era ella quien le había pedido al quiosquero de debajo de su oficina que le guardara las entregas de una enciclopedia por fascículos, para olvidarse del asunto más tarde, cuando la compañía telefónica para la que trabajaba se trasladó a las afueras de la ciudad.

Al abandonar su escritorio, mi padre refunfuñó para sus adentros, pero luego no añadió nada, y mientras yo llevaba los periódicos a la mesa de la sala de estar, pagó un año y medio de atrasos sin rechistar. Sabía que esos periódicos eran importantes, aunque nadie llegara a hojearlos nunca.

Los mapas del mundo eran para mi madre el atlas de los recuerdos, donde reconstruía las piezas de una familia pulverizada por la geografía y por la necesidad, hecha de migrantes y de melancolía. En las páginas de sus libros de viajes era capaz de contemplar Argentina y encontrar allí a su padre, quien la había dejado por un campo de polvo y cebollas en la Patagonia. Entre las calles simétricas y ortogonales de Buenos Aires buscaba un cementerio de arrabal donde estaba enterrada su hermana y en las fotografías de los pescadores del río Paraná hallaba su infancia. Soñaba con ir a Canadá, donde aquel tío suyo de toscas ma-

nos de albañil se había casado con una diseñadora de moda para acabar sus días, pobre hombre, en un manicomio. Imaginaba Kenia, a donde se habían mudado sus primos, incluido el que se había enamorado de una china y se había perdido quién sabe dónde.

Al quedarse sola, mi madre fue confiada a la edad de cuatro años a una tía adoptiva y empezó a mirar el horizonte como un náufrago. Quería proteger las raíces, porque todos habían prometido regresar algún día. El tiempo, por el contrario, había enrarecido toda relación, haciendo de su vida algo parecido a un exilio. Nunca quiso marcharse, por miedo a que el mundo hiciera que se perdiese ella también, pero en esos volúmenes envueltos en celofán y mudos como tumbas había encontrado la fuerza para seguir adelante.

No comprendí su neurosis hasta que me hice mayor. En la infancia, en cambio, me sentaba a los pies de las estanterías y abría un volumen al azar con la misma curiosidad con la que se abre un baúl en el desván. Me encantaba el olor del papel satinado, el ruido que hacían las páginas y los bufidos con los que caían unas sobre las otras. Fue así como empecé a viajar, con la fantasía, arrancando de aquellos libros las figuras que más me gustaban y metiéndolas en una mochila escondida debajo de la cama. Fingía haber estado en un lugar diferente cada día, haber conocido a los indígenas o navegado con las ballenas. No sabía si alguna vez tendría valor para marcharme de verdad, hasta que la adolescencia acabó imponiéndose y todo lo que me rodeaba se volvió aburrido.

Tenía trece años, en China los jóvenes ocupaban la plaza de Tiananmen, en Berlín derribaban el Muro y yo me pasaba los días entre el álgebra y los antiguos egipcios, con pésimos resultados en ambas cosas. Me avergonzaba de mi cuerpo demasiado delgado y lo ahogaba en sudaderas demasiado amplias. Iba siem-

pre con la capucha tapándome la cara y pedaleaba en un trasto de bicicleta para ir a los entrenamientos de baloncesto, donde la única canasta que metí durante un partido fue una autocanasta. Me sentía inútil y nada parecía tener sentido: empezaba a pensar seriamente que no tenía más remedio que marcharme de verdad.

Ese otoño, por mi cumpleaños, mi padre me regaló una cámara fotográfica. Dijo que así podría inmortalizar los momentos hermosos, pero si su única utilidad era esa, bien podía dejarla tranquilamente en la caja. En cambio, me la colgué del cuello y empecé a fotografiarlo todo. No lo hacía para detener el tiempo, si acaso por todo lo contrario. Sentía que me empujaba más allá de mis límites, que me hacía crecer. Ese aparato en mis manos me daba un papel ante los demás, redimía mis insuficiencias situándome en el centro de la atención y, lo más importante de todo, se colocaba entre el mundo y yo haciendo que me sintiera protegido. Fue así como la cámara fotográfica se convirtió en pasaporte para toda insolente curiosidad mía, fue el viático de mi deambular y no tardó en transformarse también en mi trabajo.

Al acabar el colegio, empecé a marcharme sin decirle a nadie a dónde iba o cuándo volvería. Quería vivir cada instante, serlo todo y no ser como nadie, sin demasiadas preguntas sobre el futuro, porque a esa edad me parecía simplemente eterno.

Incluso cuando un día en Siberia me hablaron del fin de mi vida.

Era octubre de 1996 y había llegado al lago Baikal por encargo de un periódico alemán. Me habían asignada como intérprete a una chica de San Petersburgo llamada Anna, tan joven como yo, con las mejillas rubicundas y una mirada agradable. Se suponía que era un trabajo sencillo, y por el contrario, al cabo de dos semanas todavía no había hecho una sola buena fotografía.

La llegada del invierno había mandado al traste todos mis planes y la mala suerte me estaba convenciendo de que lo mejor era dejarlo correr. Sentado en la cama de mi habitación de hotel en Irkutsk, me puse a contar los dólares que me quedaban. Anna estaba de pie delante de la ventana, viendo las primeras nieves y una vaca que pastaba en el jardín.

—Algo más de mil. ¿Qué hacemos?

—¿Has visto qué bonita?

—Anna, ¿podrías dejar en paz a la vaca y ayudarme a entender qué vamos a hacer? El tren para Moscú sale mañana por la mañana y ya no nos podemos permitir un avión.

—Pues sigamos.

—¿Hacia dónde?

—No lo sé. Esperemos. Si estamos aquí habrá una razón.

El fatalismo era quizá la cualidad de Anna que más admiraba, junto a su obstinación. No suelo resignarme a los hechos, pero tengo que admitir que en aquel momento no veía más alternativa. En aquella habitación de hotel forrada de rosas impresas en un papel pintado ya amarillento a causa del tiempo, todo me parecía inmóvil. Como si nada hubiera ocurrido nunca y nada pudiera ocurrir jamás. Pero un viajero necesita creer que el lugar donde se encuentra tiene algún significado, de forma que él mismo adquiera algún significado. Así que decidí fiarme de Anna, entre otras cosas porque a veces la intuición de las mujeres ve más allá de la razón. Enrollé el dinero y lo metí en el portadocumentos de gamuza que siempre llevaba colgado del cuello. Me puse el abrigo y, acercándole el suyo, le dije que quería salir a caminar y que tenía hambre.

Las calles decimonónicas de Irkutsk bajan hacia el río Angara entre fachadas que parecen cubiertas de glaseado de colores. En otros tiempos lo llamaban el «París de Siberia», y por más que mi estado de ánimo no fuera el adecuado para semejan-

te romanticismo, las modestas dimensiones de la ciudad y su esquivia gracia suavizaron mis angustias. Algunas mujeres jóvenes paseaban del brazo con ruidoso alboroto, bajo la nieve que caía ahora en copos gruesos y húmedos. Faldas cortas, pasos largos y medias brillantes. Precedían nuestra caminata por la calle Marx, entre tiendecillas y quioscos que vendían todas las mismas cosas. Habían llegado los primeros puestos de comida rápida y el olor a patatas fritas y a *pelmeni* —los raviolis siberianos— se propagaba por el aire.

Una pareja de camellos estaba cruzando la calle y en algún lugar al este, por detrás de las colinas, se abría el lago Baikal. El más profundo del mundo, el más grande, el más atormentado. Era un mar sagrado para los nativos, quienes lo veneraban y lo temían, porque, según se decía, de su respiración nacía el Sarma, una tormenta gélida y repentina que había llenado de jóvenes pescadores el cementerio de la ciudad. Solo el invierno traía una especie de paz. Los vientos se aplacaban, el lago se helaba y su superficie se volvía tan dura que se convertía en carretera para camiones y zona de juegos para los niños.

En el ambiente sosegado de esa estación, caminamos hasta el mercado principal de la ciudad, donde se concentraban todos los días comerciantes de pieles, buscadores de minerales y campesinos para vender sus mercancías, colocadas ordenadamente en el suelo, como era costumbre desde hacía cien años. Durante la época de la fiebre del oro, los padres de estos pequeños comerciantes amasaron fortunas de un día para otro y lo perdieron todo en noches disolutas de clubes nocturnos y de garitos clandestinos, quedando atrapados en el corazón de Asia y en la miseria, que con la caída del comunismo dio a Irkutsk las peores plusmarcas de actos violentos. Aquí, todas las noches, los cabezas de familia tenían la costumbre de asomarse a la ventana de casa, disparar un tiro de foguero al aire y luego irse a dormir.

Entre un centro comercial de escaparates sucios y las ventanas de un inmueble abandonado, se levantaba el edificio del telégrafo con el revoque azul recién pintado. En una esquina, un letrero señalaba la entrada de una panadería, un café y un restaurante, donde según Anna servían un excelente *tsuivan*, es decir, tallarines fritos con carne de cabra y cebolla. Seguimos las indicaciones y entramos en un pasillo desnudo, con un suelo de tabloncillos viejos y podridos. Al fondo, una inscripción, pintada en la pared, decía «*Krasivyy i khoroshiy*», buenos y bonitos. Ese era el sitio del que hablaba Anna, un salón de recepciones que debió de disfrutar de gloria y fama, de las que, sin embargo, solo quedaba la decadencia. En el centro, un escalón más bajo que el resto del local, estaba la pista de baile, con un pavimento en mal estado y polvorientos festones de colores colgados del techo. Entre las baldas de una estantería de espejo todavía se conservaban los trofeos de las antiguas competiciones de baile, con la hoz y el martillo grabados en ellos. Un retrato de Lenin los contemplaba desde un marco roto, apoyado en el suelo bajo la sombra que el tiempo había dejado en la pared.

Algunas mesas dispuestas de manera desordenada eran el único indicio capaz de recordar a un restaurante. Estaban preparadas con un mantel de satén burdeos, un jarrón de flores artificiales y una cesta de plástico de colores para el pan. En cambio, en el lado opuesto del pasillo, la decoración de fiesta daba paso a una peluquería, con un secador para el peinado, una palangana para lavar la cabeza y un asiento colocado delante de un espejo ovalado.

Asombrado por aquella extraña combinación, no me había percatado de una anciana que nos observaba algo apartada, con ojos pequeños y agresivos. Estaba sentada en un sillón verde girado hacia una ventana. Tenía el pelo teñido de un rubio casi amarillo y el cuerpo robusto, bajo una túnica de terciopelo oscu-

ro, recubierta de bordados rojos. En las piernas sostenía un tambor grande, fino y redondo, con el cuero desgastado por el uso. Por un momento pensé que aquella mujer llevaba allí sentada desde la última fiesta.

—No parece un gran restaurante —le dije a Anna.

Pero no me había dado tiempo ni a acabar la frase cuando ella cruzó el salón a paso de marcha. Se acercó a la mujer y empezó a hablarle. Tras unos momentos de vacilación seguí sus pasos, pero, al no comprender nada de lo que decían, seguí sonriendo, asintiendo y dirigiendo la mirada hacia otra parte con aire distraído. Hasta que la anciana me hizo gestos para que me acercara. Estiró un brazo hacia mí y rozándome las muñecas me invitó a arrodillarme. Anna asintió sin rechistar mientras yo extendía mis brazos sobre las piernas de aquella mujer, que ahora sujetaba mis manos entre las suyas. Abriéndolas hacia el cielo y apretándolas en los costados, hizo resaltar los pliegues del tiempo que recorrían mis palmas. Empezó a deslizar las yemas de los dedos por esas arrugas, como si fuera a quitar un grano de polvo, como un ciego al que le hace falta palpar para reconocer. Ante el cosquilleo intenté retraer mis manos pero ella las apretó con firmeza, sin distraerse. Luego su mirada se volvió seria y de sus vestiduras, cerca del corazón, extrajo un puñado de piedras blancas, pequeñas y redondas como avellanas. Los depositó en mi mano derecha y me ordenó que las dejara caer al suelo.

Nunca he creído ni en la quiromancia ni en hechiceros, a quienes solo reconozco mediocres habilidades psicológicas y una arrolladora intuición fraudulenta. Pero cuando estás de viaje, las cosas adquieren un cariz diferente. Uno tiene tiempo que perder y se siente más libre. Por eso nos abrimos a cosas que rechazaríamos en otro lugar y que al final hacen que nos sintamos diferentes. En eso consiste en el fondo el viaje: un escenario don-

de nos exhibimos, frente a un público al que nunca volveremos a ver.

Dejé caer esas piedras como la mujer me había ordenado y las observé rodar por el suelo mientras se organizaban como planetas en la galaxia del azar. En su movimiento yo solo veía las leyes de la física que luchaban en la materia, para impulsarse más allá de esa veta del piso o detenerse en esa colilla aplastada en el suelo. En esas mismas rutas, en cambio, aquella mujer leía mi destino, y se lo contaba a Anna en un idioma desconocido para mí.

—Anna, ¿te importaría traducirme lo que dice? Aunque sean estupideces, siento curiosidad.

—Dice que viajarás muy lejos.

—Ya veo que se está esforzando...

—Y que tendrás tres hijos. Uno será más pequeño que los otros.

—¡Sabe aritmética por lo menos!

Susurrando palabras, la mujer se levantó del sillón con gestos cansados y se acuclilló cerca de las piedras que habían rodado más lejos. Yo la observaba divertido, esperando únicamente a que me pidiera dinero. Pero las cosas tomaron un cariz que nunca me habría esperado.

Irkutsk es un lugar muy querido por los chamanes, que a orillas del Baikal han encontrado a sus demonios y a sus dioses. Durante siglos han sido los guardianes de la memoria de los pueblos, de las tradiciones y secretos transmitidos de generación en generación. Vestidos con mantos engalanados con adornos tintineantes y acicalados con plumas o cuernos, invocaban el bien y el mal. Y dialogaban con la muerte al ritmo de tambores y manguales. Esa clase de magia no me había fascinado nunca, pero pese a no tener una idea clara de cómo podría presentarse un chamán hoy, debía de ser sin duda algo diferente a esa mujer,

que se arrastraba por el suelo buscando quién sabe qué hilo perdido. Los espíritus no podían tolerar tanta vulgaridad.

Estos pensamientos se vieron interrumpidos por una queda carajada de Anna, quien, llevándose una mano a la boca, intercambió una mirada de complicidad con la mujer.

—¿Qué dice?

—Está hablando sobre tu sexo.

—Eso me interesa.

—Es curioso.

—¿Qué?

—Nada, olvídalo, es una tontería.

—Sí, pero visto que os hace tanta gracia...

—Olvídalo, luego te lo explico.

Delante de mí, Anna cambió repentinamente de expresión. Se volvió sombría, ceñuda y silenciosa, como quien no está seguro de entender bien. Inclino la espalda y doblo la cabeza, acercando la oreja a la voz de la mujer, que susurraba entre las piedras palabras con el ritmo de una letanía. Entonces esta se levanto del suelo y, dibujando un círculo en el aire, inspiró con satisfacción un aroma que solo ella parecía oler. Y se sentó otra vez en el sillón.

—¿Se ha terminado mi futuro? —pregunté con aire fanfarrón.

Anna levanto la mano para decirme que esperara. Intercambió algunas palabras con la mujer, luego me preguntó si de verdad quería saberlo.

—¿El qué? —pregunté.

—No es una cosa agradable. ¿Debo decírtelo?

—¿Quiere dinero?

—No. Dice que vas a morir.

—Sí, de hambre, si no nos vamos a comer deprisa.

—Antes de cumplir cuarenta y cinco años...

Me pareció el golpe de efecto de una película mala. Tenía veinte años y ni se me pasaba por la cabeza que algún día tendría que morir. Eché un último vistazo a las piedras por el suelo, tomé a Anna del brazo y me fui.

Aquel viaje y la vida continuaron con sus volteretas. Entre amores, partidas y despedidas, olvidé rápidamente las palabras de aquella mujer y también a Anna, de quien me despedí unos días más tarde en el aeropuerto de Moscú sin preguntarle qué había dicho la vidente sobre mi sexualidad. Por vergüenza, y porque si de las cosas no se habla, a veces dejan de existir. Yo regresaba a Italia y ella a su San Petersburgo. Desde entonces nunca nos hemos vuelto a ver.

Navegaba solitario por los mares de la vida siguiendo mi norte, sin preocuparme demasiado por lo que dejaba atrás. Deambulaba por el mundo en busca de historias que encontrarán hueco en las páginas de algún periódico. Así fue como un día de abril de 1999 llegué a una casa de un brahmán en Vrindavan, a orillas del río Yamuna, entre los lugares celestiales de Krishna.

Era una pequeña ciudad india de seis mil habitantes y millones de almas. Toda la localidad era mágica porque, según la leyenda, bajo la apariencia de un pastor, el dios derrotó aquí a miles de demonios y bajo la luz de la luna amó a 16.108 pastorcillas, todas en la misma noche. Entre ellas conoció a Radha, la figura tántrica que supo regalarle el amor perfecto convirtiéndose en su compañera para siempre. A ella dirigen sus oraciones miles de viudas cada día, sin pausa, desde hace más de cien años. Llegaban aquí desde Bengala, desde la región de Orissa, desde Bihar, afrontando un viaje desesperado hacia los confines de su vida. Porque en la India más conservadora, quienes perdían a

sus esposos no valían nada y se les arrebataban todos sus bienes, incluido el reconocimiento de sus hijos.

Vrindavan, la ciudad del amor infinito y de los cinco mil templos, era el único lugar que podía acogerlas. Mujeres desdichadas a quienes el destino había reservado la tarea de mantener vivo el espíritu de los dioses esperando una mano caritativa que correspondiera a sus oraciones con un puñado de lentejas. Las veía pasar por las calles, diáfanas y ligeras, envueltas en sus saris blancos como capullos de mariposa, esperando el vuelo de la reencarnación. Como nubes de primavera caminaban arrastrándose por las esquinas de la ciudad, entre el polvo y los muros de cal. Se cruzaban con la vida, rozando las ricas ropas de las jóvenes novias, las vacas inmóviles en medio de la calle y la avalancha de los mercaderes cargados con toda clase de productos. Pero nada podía interrumpir su letanía, que se deslizaba entre los dedos, en las cuentas del rosario. Las viudas blancas eran la razón de mi viaje, sin saber que el destino tenía preparada para mí una aventura bien distinta.

Por recomendación de un amigo, había alquilado una habitación a Mr. Sharma, un brahmán de mediana edad estimado por todos por la sinceridad de su misión. Tenía una casa rica, decorada con muebles sólidos, kilims en las paredes y una fuente hexagonal en el centro del patio. Los revoques conservaban el color rojizo de la tierra con la que estaban hechos y la plasticidad de ese material moldeado por las manos hacía la casa acogedora y sin aristas. Dos mujeres se encargaban de los quehaceres, persiguiendo el polvo con escobas de zahína y llevando a Mr. Sharma el té varias veces al día. Se lo dejaban fuera de la puerta de su estudio, para no distraerlo de sus meditaciones. Era un hombre esquivo, indolente a veces, pero franco en su forma de ser y con una apreciable capacidad para entender a las personas a primera vista. Y a causa de esa dote, los más fieles estaban convencidos de que sabía

leer realmente el karma. En cualquier caso, cuando me cruzaba con él en el patio, siempre me sonreía y, aunque fuera de pocas palabras, me caía bien, entre otras cosas porque me había cedido su habitación más bonita, en el piso de arriba. Estaba amueblada de manera frugal, pero tenía una ventana que daba a las aguas del río Yamuna y desde allí parecía poder verse toda la vida. Los pescadores al amanecer, las abluciones de los peregrinos, los cuerpos bautizados antes de la pira y sus cenizas arrastradas por el viento, a la luz del ocaso. Luego, por la noche, se encendían las estrellas, y ante tanta belleza incluso los vapores de la gran refinería al otro lado del río parecían una aurora.

Me pasaba los días entre los templos de Vrindavan y los callejones que los rodean. Conocí a viudas blancas que habían renunciado a dar un nombre y un rostro a las muchas causas de su sufrimiento. Y a mujeres que, por el contrario, no se rendían y seguían buscando en la fe el final de su *samsara*. Al ponerse el sol, caminaba hacia casa recorriendo las orillas del río, por calles fétidas a causa de toda clase de inmundicias. Llegaba hasta las orillas de los muertos, donde el acre humo del incienso se mezclaba con el de las piras y la confusión de los mercaderes tapaba las lágrimas de las familias.

A pesar de que la oscuridad y el humo lo transformaban todo en sombras, en las orillas de este Hades todo estaba lleno de color y la muerte se volvía tan normal como la vida. Centenares de personas se agolpaban en los muelles, apretados como gusanos en los límites del mundo de los vivos.

Mis paseos por esas zonas no estaban impulsados por la curiosidad morbosa. Si acaso, era todo lo contrario: sentía respeto y compasión por quienes se habían ido y por quienes se estaban preparando para la travesía.

Antes de regresar a casa de Mr. Sharma, me detenía a comer en un restaurante callejero cerca de un café. Entre esas mesitas,

bajo una pérgola de buganvillas, observaba a hombres en busca de oportunidades, vestidos con camisas baratas y maletines de polipiel, parejas enamoradas que no podían besarse pero se lo decían todo con los ojos, perros pulgosos y chicos vestidos de miseria, que jugaban al cricket en las aceras. No hablaba con nadie y me entretenía como en el teatro.

El día de mi partida, llamé a la puerta de Mr. Sharma para darle las gracias por su hospitalidad. Su voz me invitó a entrar y lo encontré sentado en un *charpai* o jergón con las piernas cruzadas, vestido con un kurta-pijama blanco. Estaba rodeado de libros y sobre sus piernas sostenía un cuaderno de páginas ligeras y oscuras, en las que anotaba sus pensamientos. La ventana que tenía detrás daba a un callejón secundario y estaba parcialmente cubierta por una cortina amarilla henchida de luz. En un rincón de aquella habitación estrecha y larga había una planta de ficus y sobre un taburete, una jarra que goteaba llena de *lassi* frío.

—¿Encontraste lo que ibas buscando allí fuera? —me preguntó Mr. Sharma, apartando un pesado volumen de cubierta desgastada y haciéndome un gesto para que me sentara.

—Sí, creo que he tenido suerte.

—¿Quieres un vaso de *lassi*?

—Con mucho gusto.

—La suerte no existe —dijo, vertiendo la bebida espesa y blanca en un vaso de terracota—. Tienes que agradecersele al karma. Tú viajas recogiendo las historias de los demás, pero ¿te has preguntado alguna vez qué dejas atrás? Es al dar cuando pones a salvo tus tesoros para siempre.

No sabía a dónde quería ir a parar, pero sentía mucho respeto por sus pensamientos y en el instante de silencio que siguió a sus palabras, traté de encontrar una respuesta adecuada. Mr. Sharma, sin embargo, añadió de inmediato que quería hacerme

un regalo, y extendiendo sus manos hacia mí me invitó a mostrarle las mías, con un gesto que parecía una orden.

—Aquí está escrito lo que Dios te ha dado —dijo, apretando mi mano izquierda—. En esta otra, lo que serás capaz de hacer.

Pasó un rato en silencio, durante el cual Mr. Sharma observó mis palmas saltando con la mirada de una a la otra. Solo se oía el ruido distante del tráfico, el traqueteo de un ciclotaxi en el callejón lleno de baches y nuestra respiración.

—Has aprendido mucho de tus vidas anteriores, pero tu viaje aún ha de ser largo. No te preocupes, será hermoso. Encontrarás el amor de una mujer rica, a la que ya conociste en tu infancia. Ella tendrá ya dos hijos y juntos concebiréis un tercero. Sabrás dar hasta dejar que todo se aleje. En un día caluroso de tus cuarenta y tres años, te estará esperando una muerte violenta. Entonces, cuando te quedes solo frente al final y vuelvas a encontrarlo todo en tu corazón, te corresponderá a ti decidir.

—¿Por qué me cuenta esto? No le he preguntado nada.

—Es mi regalo, para que puedas llegar preparado. Un hombre del futuro te ayudará. Encuéntralo y fíate de él, te señalará la recta vía. Y ponte un zafiro amarillo en el dedo índice de la mano derecha, en ese momento te ayudará a encontrar el equilibrio. Nada puede existir sin su opuesto. Solo tienes que encontrar tu centro.

—¿Vende usted zafiros amarillos? —pregunté.

—No. Pero no te costará demasiado encontrarlo.

Y sonrió.

Dejé Vrindavan con un tren que se dirigía hacia el norte. Había mucha gente y, sin embargo, me sentía muy solo. Junto con el brahmán, había vuelto a mi cabeza la chamana, a la que conocí en un momento que ahora me costaba trabajo definir. Juntos superaban mi escepticismo y mis fantasías, que ahora tenían incluso una fecha de vencimiento. En el momento de oír-

las, las palabras del brahmán habían ofuscado cualquier pensamiento, y ahora que dentro de mí solo surgían preguntas, era demasiado tarde. *L'esprit de l'escalier*: me marché de allí, volví a la carretera y me di cuenta de que el viaje no había hecho más que empezar.

En la estación de Delhi monté en un taxi y le dije que me llevara al cercano mercado de Chandni Chowk. Desde allí caminé hasta Dariba Kalan Road, donde entré en una de sus numerosas joyerías.

Tenía veintitrés años y le puse el anillo de bodas a la mano de mi futuro.

Dado que yo amaba la vida más que su lógica, los detalles de estas profecías se perdieron con los años y el anillo que llevo en el dedo se convirtió en una historia entre otras, de esas que se cuentan una noche entre amigos.

No pude evitar observar que algunas de las cosas que me dijo el brahmán se habían hecho realidad, pero cuando buscamos el destino lo encontramos en cada signo dependiendo de la debilidad del momento. Sin embargo, no dejamos de mirar a ambos lados antes de cruzar la calle.

¿Qué podía significar el hecho de que me hubiera enamorado de una mujer que ya tenía dos hijos, como me había dicho ese brahmán? ¿Y qué clase de visión milagrosa era el hecho de que de nuestro amor naciera un niño? Sus malditas palabras seguían asomándose en cada momento importante de la vida y yo las espantaba con ansia como si no me atañeran.

El brahmán también había dicho que ya conocía a la mujer con la que acabaría casándome. Pasé revista mentalmente a todas las chicas que conocía, incluso con cierto alborozo. Pero era evidente que no podía localizar a mi mujer, a la que conocí en

París muchos años después. En las profecías solo podemos encontrar lo que nos esperamos, difícilmente lo que nos espera. Así que todo iba bien, me decía. Por lo menos hasta el verano pasado.

Toda la familia se había instalado con mi madre para pasar las vacaciones. Tiene una casa grande cerca de la playa, y por más que no fuera el mejor de los alojamientos, era lo que podíamos permitirnos.

En un día lluvioso, mientras los niños veían la televisión, mi mujer y yo estábamos tratando de ordenar el desván para hacer hueco a nuestros escritorios. Moviendo cajas y baratijas, salió a la luz un álbum de fotografías. Tenía la cubierta de plástico marrón, el nombre del laboratorio estampado encima, y con la caligrafía elemental de mi madre estaba escrito «Livigno 1984». Contenía fotos de unas vacaciones de invierno en las que gané mi primera carrera de esquí. Tenía nueve años y, subido al podio de un restaurante forrado de moqueta, me apretaba contra el pecho una medalla dorada. Cerca de mí, un hombre sostenía un micrófono y a mis pies, entre los demás niños, estaba Francesca, quien acabaría convirtiéndose en mi mujer. El pelo recogido con una diadema, falda a cuadros y expresión distraída. Tenía solo cinco años. Ella también estaba en ese restaurante de montaña.

Una vez un monje tibetano me habló del *bardo*. Lo describió como un intervalo, un momento de suspensión de la vida en el que ya no estamos seguros del terreno que pisamos y no sabemos en qué nos estamos adentrando. En ese momento me sentí así, en un intervalo de la vida. El destino parecía estar apretándome el cuello, pero sonreí mostrando esa imagen a mi mujer, pensando en el amor que nos había elegido desde un principio. Después empecé a pensar que tenía que resolver de una vez por todas aquel asunto y se me vino a la cabeza la sugerencia que me había hecho el brahmán: tenía que encontrar un hombre del futuro.

—Lo hago por diversión, no por miedo —le dije a mi mujer, cuando empecé a buscar sin saber qué, sin saber cómo ni dónde.

Ella observó en silencio mi indagación afanosa y me dio su beneplácito, con confianza, como siempre ha hecho. El cosmos era lo más misterioso que se me ocurría y, al menos allá arriba, el tiempo coincidía con la eternidad. Busqué a alguien que se involucrara tanto como yo y encontré un grupo de jóvenes astronautas que soñaban con vivir en Marte.

El primer videomensaje que les mandé después de un par de correos electrónicos, lo grabé desde el sofá de mi casa. Con una mano sostenía el móvil y con la otra abrazaba a mi hijo Ernesto, el día de su quinto cumpleaños. Esa tarde había logrado escribir su nombre por primera vez y yo estaba tan orgulloso que me pareció que debían saberlo incluso en Marte. Ernesto había sido un niño inesperado, que llegó casi ante mi indiferencia y, sin pedir permiso, me había robado el corazón. Yo adoraba su gesto de pillín, el mechón rubio sobre sus ojos color avellana y el rictus de sus labios cuando trataba de contener las lágrimas. Lo amaba incluso cuando saltaba con sus pies sobre mi cabeza, porque le hacía falta para tocar el cielo.

Junto con él, les conté a esos exploradores que era sábado en la Tierra, que todavía era invierno pero que en los árboles ya aparecían los primeros brotes.

Caminando por la casa con la cámara en mano, les enseñé dónde vivía. La sala de estar, con el papel de los regalos sobre la mesa, las velas apagadas y manchadas de nata, la habitación con la cama sin hacer, las colinas y el mar cárdeno que se veía por la ventana. Les enseñé todo lo que era normal. Luego, sentado en mi escritorio, les envié ese vídeo y me quedé a la espera.

Veinte minutos, el tiempo luz que empleó el mensaje para cruzar el universo. Y otros veinte antes de que me llegara su respuesta.

Damien, el astrobiólogo de la misión, había dado una vuelta por toda la base espacial con la webcam en mano para presentarme a todo el mundo. Que alegría sentí al ver las caras de aquellos chicos marcianos, por más que la melancolía de sus palabras hacía que parecieran estar mucho más allá de cualquier distancia que pudiera recorrerse.

Solo fingían estar en Marte, porque en realidad se hallaban en un módulo espacial habitado, en Hawái. Llevaban un año encerrados allí, preparándose para descubrir qué se esconde más allá de los límites conocidos. Y eso nos unía.

Faltaban tan solo unas cuantas semanas para que acabaran su misión y decidí darles la bienvenida al regresar a la Tierra. Ese fue el comienzo de este viaje mío hacia el futuro.